

LA POLITICA INTERNACIONAL EN EL SEGUNDO TRIMESTRE DE 1954

LA CONFERENCIA DE GINEBRA

En la Conferencia de Berlín se fijó el 26 de abril como la fecha de apertura de una Conferencia en Ginebra que tendría como principal objetivo la resolución de la cuestión coreana, aunque también en ella se discutiría «el problema del restablecimiento de la paz en Indochina». En efecto, el día previsto se iniciaron los trabajos de la Conferencia ginebrina, pero a lo largo de su desarrollo se ha podido comprobar que el conflicto indochino, considerado en principio como ocupando un lugar posterior al coreano, ha ganado gradualmente importancia, hasta el punto de estar presente siempre en las discusiones y gravitar sobre las delegaciones desde el primer momento en que éstas entraron en contacto, incluso antes de la apertura. Este fenómeno se debió a diversas circunstancias, a las que aludiremos luego. Para dar al lector una más clara idea de lo que la Conferencia de Ginebra ha sido, conviene separar estos dos temas sobre los que la atención del mundo ha estado concentrada de manera especial a lo largo del segundo trimestre del año en curso.

Por lo pronto, respecto de Corea, el anuncio de la Conferencia de Ginebra cortó toda relación entre los antiguos contendientes en Panmunjom. Después de la ruptura oficial de las negociaciones el 12 de diciembre, se habían registrado en enero varias tomas de contacto entre los oficiales de ambas delegaciones con objeto de intentar, ante la insistencia de la China de Pekín y de Corea del Norte, la reapertura de las negociaciones oficiales. Se recordará, sin embargo, que el jefe de la delegación de las Naciones Unidas se negó a toda reanudación oficial en tanto no se le diera satisfacción por parte comunista a la acusación de perfidia lanzada contra los Estados Unidos. La propuesta de la India de convocar el 9 de febrero la Asamblea general en sesión extraordinaria para que se ocupara del conflicto coreano, no tuvo éxito, dado que 28 de los Estados consultados dieron contestación negativa a la oferta hecha por la señora Pandit en virtud de las atribuciones que se le habían concedido, y que de este modo no alcanzó la mayoría requerida. Para entonces se estaban desarrollando las discusiones de la Conferencia de Berlín, y esto indujo sin duda a la mayoría de los Estados miembros de la Organización a no plantear en su seno lo que se estaba discutiendo en una Conferencia internacional. Y de las discusiones en la antigua capital alemana surgió esta Conferencia a la orilla del lago Lemán, especialmente dedicada a la cuestión coreana, que hacía inoportuna toda otra negociación entre las partes.

Pero es curioso observar que la Conferencia de Ginebra nació ya con un equivoco respecto a su significado en el proceso de pacificación de Corea. En el comunicado de Berlín no se aclaró si la Conferencia que se convocaba para el 26 de abril era o no la Conferencia política de Corea, a la que se hacía alusión en los acuerdos de armisticio y en la moción votada por la Asamblea general de la O. N. U. el 28 de agosto de 1953, y cuya preparación era objeto de las negociaciones de Panmunjom interrumpidas el 12 de diciembre del mismo año. Esto ha dado lugar a un confusiónismo inicial. Para los Estados Unidos, y también para Corea del Sur, esta Conferencia puede ser considerada como la verdadera Conferencia política coreana. Pero por parte soviética, china y nortecoreana no se la considera como tal y se ha insistido en llamarla Conferencia sobre los problemas del Extremo Oriente. Este desacuerdo

está presente en las Notas acerca de la Conferencia cruzadas entre soviéticos y occidentales el mismo mes de abril. El día 5 el Gobierno de la Unión Soviética entregaba una Nota a los embajadores de las tres potencias occidentales en Moscú, en la que se desmentía la afirmación de Foster Dulles de que en Berlín Molotov había prometido que la Conferencia ginebrina no sería considerada como una reunión de los «Cinco Grandes», y se insistía en el hecho de que sólo esos cinco participarían en las discusiones, bien entendido que la China de Pekín lo haría «en igualdad de condiciones con las otras grandes potencias». El 14 de abril contestaron con idénticas Notas las tres potencias occidentales, repitiendo su conocido punto de partida: que la Conferencia de Ginebra no debería ser considerada en ningún caso como una conferencia de los «Cinco Grandes».

Varias cuestiones de procedimiento fueron resueltas antes de la apertura por medio de contactos directos entre los jefes de las delegaciones, especialmente entre Eden y Molotov, tales las cuestiones de la rotación de los presidentes y de las lenguas consideradas oficiales en las sesiones sobre Corea. La sesión de apertura no hizo sino confirmar lo acordado en esos contactos previos.

En la sesión del día 27 intervinieron los representantes de las dos Coreas. Pyun Yung, delegado de Corea del Sur, pidió la celebración de elecciones libres en el sector Norte del país bajo el control de las Naciones Unidas, y se opuso a que las tropas de esta Organización fuesen retiradas antes de que se hubiese finalizado una previa acción de policía contra los agresores comunistas. El ministro de Asuntos Exteriores nortecoreano, Nam Il, propuso un plan de cinco puntos para la pacificación de Corea, cuyo contenido es el siguiente: 1.º Elecciones generales a una Asamblea nacional coreana, que permita constituir un Gobierno único en todo el país. 2.º Creación de una Comisión mixta integrada por representantes de las dos Coreas elegidos por sus respectivas Asambleas y por las organizaciones democráticas. 3.º Preparación por esta Comisión de una ley electoral que garantice el carácter democrático de las elecciones y excluya toda presión extranjera. 4.º Restablecimiento de las relaciones económicas y culturales entre las dos Coreas; y 5.º Retirada de todas las fuerzas extranjeras del territorio coreano dentro de seis meses.

La tesis de Corea del Sur fué apoyada en la sesión del día 29 por los Estados Unidos, Turquía, Thailandia, Canadá, Etiopía, Filipinas, Nueva Zelanda y Colombia, estos tres últimos en términos más moderados. Foster Dulles rechazó el plan nortecoreano, se opuso a la inmediata retirada de las fuerzas de las Naciones Unidas y pidió la total aplicación de la decisión de la Asamblea de las Naciones Unidas de 7 de octubre de 1950, referente a la organización de elecciones libres en Corea del Norte.

La propuesta de Nam Il fué defendida el mismo día por Chu En Lai y al día siguiente por el delegado soviético, Molotov. Ambos aludieron en sus discursos a otros problemas de la política mundial, atacando a Occidente por sus planes defensivos, tanto en Europa como en el Sudeste asiático. El día 29 se reunieron las 16 naciones que habían combatido en Corea bajo la bandera de las Naciones Unidas, para discutir la posibilidad de transferir el debate sobre la cuestión coreana a un Comité reducido integrado por los «Cuatro Grandes», las dos Coreas y la China comunista, y se decidió la formación de un Comité de nueve potencias (Gran Bretaña, Francia, los Estados Unidos, Australia, Colombia, Filipinas, Turquía Thailandia y Corea del Sur) para estudiar el problema de las elecciones coreanas.

El 1 de mayo se celebró otra reunión, esta vez de las cuatro grandes potencias, China y las dos Coreas, para intentar un compromiso entre las opuestas tesis; pero esta reunión no llegó a ninguna conclusión. Después, la cuestión de Indochina acaparó la atención de la Conferencia, y cuando el 11 de mayo se reanudaron las sesiones plenarias sobre Corea, Molotov volvió a defender la propuesta de cinco puntos de Nam Il, y el delegado coreano a insistir sobre su tesis. El mismo día 11 y el 13 el ministro de Asuntos Exteriores belga, Spaak, Bidault y Eden presentaron unas fórmulas de compromiso. El primero pidió que se aclarara la cuestión del control internacional sobre las elecciones coreanas antes de pasar a posteriores determinaciones. El ministro francés dijo que no se podría aceptar ningún proyecto de reunificación si no se preveía expresamente la representación proporcional de los ciudadanos consultados de ambas partes en los órganos comunes, y que las elecciones exigían necesariamente el control por observadores neutrales, cuyo nombramiento debía ser encargado a las Naciones Unidas. Por último, Eden formuló una propuesta de cinco puntos: elecciones libre para un

Gobierno único en toda la península, consideración del número de habitantes de cada zona, sufragio secreto y universal, control de las Naciones Unidas, retirada de las tropas extranjeras.

Después de esta sesión se acordó que el debate no se considerara suspenso y que pudiera ser reanudado en cualquier momento. Indochina volvió a concentrar toda la atención de la Conferencia, y sólo el día 5 de junio Molotov presentó un plan de cinco puntos para la pacificación de Corea. La propuesta soviética pretende establecer unos principios generales, por supuesto de acuerdo con los puntos mantenidos por el sector comunista y sin descender a detalles importantes sobre los cuales ha estado centrada la dificultad de un acuerdo. Es, en fin, el intento de forzar una apariencia de compromiso que permita en el futuro toda clase de derivaciones favorables a los propósitos comunistas. Su contenido es éste: unificación de Corea, previas elecciones libres en todo el territorio; preparación de esa selección por la creación de un organismo pancoreano, cuya composición y tareas se fijarán más adelante; retirada de todas las tropas extranjeras en períodos previamente establecidos, pero que serán fijados más tarde; comisión internacional de control, acerca de cuya composición se volverá más adelante; las potencias interesadas en la paz en Extremo Oriente asumirán ciertas obligaciones respecto a la total pacificación de Corea, pero la determinación de esas potencias y de las obligaciones a contraer se estudiarán posteriormente. El día 11 de mayo los occidentales rechazaron el plan Molotov. Pero los comunistas, por boca de Chu En Lai, se negaron a toda rectificación, y de este modo la Conferencia de Corea entró definitivamente en punto muerto, sin que se hubiese llegado a determinar nada a lo largo de todas sus sesiones.

INDOCHINA DENTRO Y FUERA DE LA CONFERENCIA GINEBRINA

Las circunstancias a que antes aludíamos al referirnos a Indochina, y que han hecho que este conflicto y sus derivaciones posibles tomaran tanta importancia dentro del marco de la Conferencia de Ginebra, no son otras que el curso tomado por las operaciones militares y el despliegue de la política norteamericana hacia la consecución de una acción colectiva en el Sudeste asiático. Los preparativos de la Conferencia vinieron a coincidir con un progresivo empeoramiento de la situación militar en aquella zona del mundo. Las fuerzas del Vietnam, después de haber tomado el territorio de Laos, amenazaban ahora a Camboya, cuyo monarca se apresuraba a decretar la movilización general y a asumir él mismo el mando de sus tropas. La acción de las fuerzas comunistas se hacía cada vez más peligrosa y el mundo occidental conocía con alarma que la ayuda china en hombres y material se hacía cada vez más patente. La difícil situación de las fuerzas franco-vietnamitas se ponía especialmente de relieve en la plaza fortificada de Dien Bien Fu, donde, pese a los refuerzos recibidos de tropas paracaidistas, el general De Castries no podía hacer el milagro de superar una abrumadora superioridad numérica en todos los órdenes. Cuando el ministro de Asuntos Exteriores francés se dirigió a Ginebra llevaba sobre su ánimo toda la preocupación de su nación por una inminente catástrofe en Indochina, que equivalía a un reconocimiento de la impotencia francesa para dominar la situación por medios militares. ¿Habría que confiar en una solución a través de la Conferencia de Ginebra? Nada contribuía a alimentar esa esperanza. Por su parte, los Estados Unidos, a la vista de una situación tan grave, pusieron a contribución el mayor empeño en convencer a sus aliados occidentales de la necesidad de llegar a concertar una acción conjunta que salvara del comunismo todo el complejo del Sudeste de Asia. El punto de partida del Departamento de Estado era este sencillo postulado: la suerte de Indochina no es indiferente al mundo occidental, el triunfo del Vietnam es una pérdida irreparable por la importancia que el Sudeste asiático tiene como zona vital para la seguridad del Occidente, es decir, es necesario, incluso mediante una acción directa, tomar medidas de orden colectivo para impedir que se ponga en peligro todo el sistema defensivo occidental. Esta fué la tesis mantenida por el secretario de Estado, Foster Dulles, en su discurso del 29 de marzo en Nueva York, ante los representantes de la Prensa extranjera. La ayuda norteamericana a Indochina se había ido haciendo cada vez más decidida en los primeros meses de 1954. Esta ayuda llegó, en los difíciles días de Dien Bien Fu, a tender un puente aéreo desde Orly hasta Indochina para el transporte de tropas francesas por medio de aviones norteamericanos. Pero la ayuda de los

Estados Unidos debía transformarse en una acción conjunta del mundo occidental, y para conseguirlo Foster Dulles emprendió, en vísperas ya de la Conferencia de Ginebra, un rápido viaje a París y Londres. Presentar una decisión común de intervenir en Indochina, incluso con la fuerza, para impedir un total triunfo comunista, tenía, próximos ya a iniciarse los debates ginebrinos, todo el carácter de una advertencia al Vietminh y, sobre todo, al Gobierno de Pekín. Pero el ímpetu de Foster Dulles hubo de frenar ante la actitud de Londres, que en este punto no tiene carácter exclusivamente inglés. El secretario de Estado se encontró que era necesario esperar a la celebración de la Conferencia de Ginebra. El resultado de las conversaciones Eden-Dulles está contenido en las declaraciones de Crurchill ante la Cámara de los Comunes el día 27 de abril: la Gran Bretaña no contraería ningún compromiso militar o político respecto a Indochina antes de conocer los resultados de la Conferencia de Ginebra. En el apresuramiento que la cada vez más difícil situación de Dien Bien Fu ponía en los días en que se iniciaban los debates en Ginebra, el objetivo fundamental no era obtener una pronta acción colectiva, sino lograr un alto el fuego. Veamos ahora cómo se han sucedido los debates ginebrinos en torno a Indochina.

El primer problema que se planteó fué el de los participantes. Los días 27 y 28 esta cuestión fué tratada en una serie de conversaciones privadas entre Bidault y Molotov. Francia quería limitar la participación a las cuatro grandes potencias, los tres Estados Asociados y China; en tanto Rusia pedía la participación de la India e Indonesia, aparte de otros Estados asiáticos interesados y, desde luego, del Vietminh. Inmediatamente Bidault telegrafió a París pidiendo se comunicase al emperador Bao Dai la exigencia soviética. El emperador, reacio en un principio, accedió al fin a que sus representantes intervinieran en una negociación con asistencia del delegado del Vietminh. Conviene recordar que en esos mismos días se producían tres hechos que pueden muy bien explicar tanto el aceleramiento francés pidiendo al emperador que accediese para no dilatar las conversaciones, como el cambio de actitud inicial de Bao Dai. Esos tres hechos son la publicación en París de una declaración conjunta francovietnamita por la que se anuncia la concesión de la independencia al Vietnam (declaración que es como el prólogo a los dos Tratados de Independencia y Asistencia que entonces se preparaban en el Quai d'Orsay), la situación irresistible en que se encontraban ya los defensores de Dien Bien Fu, y la creencia de que la asistencia de los representantes del Vietminh iba a permitir llegar a un acuerdo sobre la evacuación de los heridos encerrados en la fortaleza, motivo de orden humano que ganaba entonces los ánimos de manera especial. El día 30 de abril la cuestión de los participantes quedó resuelta en una reunión de Eden, Molotov y Chu En Lai. Las tres potencias occidentales tramitaron la invitación a los tres Estados Asociados y Rusia la del Vietminh. Por cierto que el día 4 de mayo, coincidiendo con la llegada a Ginebra de la delegación del Vietminh, la de la China roja hizo saber que la invitación a la República Democrática del Vietnam no había sido firmada sólo por Molotov, sino también por Chu En Lai, con lo que la China de Pekín se había autoconsiderado potencia invitante en Ginebra. El 6 de mayo se formuló el acuerdo definitivo acerca de los participantes en una entrevista sostenida entre el delegado soviético en funciones, Gromiko, y el subsecretario del Foreign Office, Allen. Los participantes serían: Gran Bretaña, Francia, Estados Unidos, Unión Soviética, China, Vietnam, Laos, Camboya y Vietminh. Sin embargo, todavía en la primera reunión el delegado de Ho Chi Minh pidió la asistencia de los representantes de los Gobiernos de la resistencia de Laos y Camboya, lo cual fué, naturalmente, rechazado por los occidentales.

Y la Conferencia se dispuso a entrar en el examen de la cuestión indochina. La fecha prevista para el comienzo era el día 8 de mayo. El día anterior se anunció la caída de Dien Bien Fu. Su repercusión fué considerable. Laniel lo anunció la tarde del mismo día a la Asamblea Nacional, interrumpiéndose el debate sobre política interior que se estaba celebrando. Bidault publicó una declaración en Ginebra acusando a la U. R. S. S. de haber dilatado la iniciación de los debates sobre Indochina hasta el momento en que la plaza de Dien Bien Fu estuviera perdida para coaccionar de este modo el ánimo de los participantes no comunistas. Foster Dulles, que de manera tan inesperada se ausentó de Ginebra al finalizar la primera serie de reuniones coreanas para dirigirse a Milán, en donde se entrevistó con el primer ministro italiano, se encontraba ese día en Washington, y desde allí dirigió a la nación nortee-

americana y al mundo un mensaje en el que, sobre insistir en que Francia debía ir más adelante en el camino de conceder la independencia a los tres Estados de Indochina para de este modo contrarrestar la propaganda comunista, anunció como necesario el aumento de la ayuda del llamado mundo libre al esfuerzo francés en la guerra que venía sosteniendo.

En la sesión del día 8 Bidault hizo un llamamiento para que se adoptara el principio de un alto el fuego general, con las garantías de seguridad respecto de los ejércitos y respecto de la población, señaló la necesidad de aplicar un sistema de intervención internacional, con lo cual pareció apoyar la tesis norteamericana de una acción conjunta, y formuló un plan de paz de cinco puntos. El representante de Ho Chi Minh pidió seguidamente, como ya hemos dicho, la participación de los Gobiernos fantasmas de Laos y Camboya. Fué rechazado por Francia y por los Estados Unidos, estos últimos por boca del general Bedell Smith, que había venido a sustituir a Foster Dulles. El delegado soviético, Molotov, defendió la participación de la China roja, porque, aunque no era considerada por los occidentales como potencia invitante, lo cierto era que se había unido a Rusia para invitar a Vietnam. Bedell Smith se apresuró a recordar el acuerdo de la Conferencia de Berlín en el sentido de que la Conferencia de Ginebra se convocaría por los «Cuatro Grandes», y lamentó que las conversaciones sobre Indochina se iniciasen ya con una violación de tal acuerdo.

El día 10 de mayo el representante del Vietnam formuló un plan concretado en ocho puntos, de los que los más importantes eran: la concesión y reconocimiento por Francia de la soberanía a todo el territorio del Vietnam, así como a Laos y Camboya; la retirada de las tropas extranjeras, celebración de elecciones libres en los tres Estados y cese de las hostilidades. Los días 12 y 14 la cuestión de Indochina fué tratada en sesión plenaria. Chu En Lai y Molotov apoyaron el plan presentado por el Vietnam y atacaron la política francesa y el proyecto norteamericano de un pacto de seguridad para el Sudeste asiático. Por su parte, el delegado del Vietnam sometió el día 12 a la Conferencia una proposición para el restablecimiento de la paz. En el orden militar el representante vietnamita manifestó que su delegación estaba dispuesta a examinar cualquier propuesta que fuese ofrecida a la Conferencia, siempre que presentara garantías contra una nueva agresión, estableciera el control internacional sobre las condiciones de cese de las hostilidades y no implicase la división del territorio nacional. En el orden político insistió en que siempre deberán considerarse las relaciones del Vietnam con Francia sobre la base de la declaración conjunta de ambos países del 28 de abril. El día 14 el delegado soviético presentó una proposición para la creación de una comisión de vigilancia compuesta por naciones neutrales que se encargaría de la ejecución del acuerdo sobre cesación de las hostilidades. El día 17 se iniciaron una serie de sesiones reducidas y secretas con el propósito de llegar a ciertas conclusiones en orden a los problemas más urgentes: cese de las hostilidades y evacuación de los heridos de Dien Bien Fu. En la primera sesión se acordó que la cuestión de la evacuación de los heridos sería tratada en un contacto directo entre las delegaciones francesa y del Vietnam, en Ginebra; que en la cuestión de la pacificación de Indochina se daría preferencia a las cuestiones militares, y que se tomarían como base de discusión los planes presentados por Francia y el Vietnam. En la sesión del día 21 se decidió dar comienzo el día 24 a la discusión del proyecto de armisticio. En la sesión del día 25 se enfrentaron dos planes distintos: uno propuesto por Eden, otro propuesto por el delegado del Vietnam. No sin sorpresa se pudo llegar el día 29 a un acuerdo por el que se adoptaba el primero de ambos. El plan Eden establece: 1.º Que se reúnan inmediatamente en Ginebra representantes de los dos bandos, al tiempo que también se establezcan los contactos convenientes en el terreno de operaciones. 2.º Que se estudien las disposiciones de las fuerzas al término de las hostilidades, empezando con la cuestión de las zonas de reagrupación en el Vietnam. 3.º Que los representantes señalados informen a la Conferencia en la mayor brevedad. La reunión inicial se fijó para el día 1 de junio. La aceptación por parte comunista de este plan parece implicar un abandono de su actitud inicial en el punto que se refiere a la reagrupación de las fuerzas, que los comunistas habían querido siempre fuese estudiado simultáneamente en los tres Estados de Indochina. La separación de las cuestiones de Laos y Camboya de las del Vietnam se había presentado como un punto de difícil avenencia, ya que el bloque comunista ha estado muy interesado en involucrarlas en la seguridad de que eso será siempre inaceptable para los occidentales. Así, el acuerdo sobre

el plan de Eden se ha querido interpretar como una manifestación de que los comunistas, advirtiendo que la actitud paciente y de observación a que la delegación británica se entregó en la Conferencia desde su apertura podía cambiar, induciéndola a secundar la política de los Estados Unidos representada por la acción conjunta en el Sudeste asiático, prefirieron ceder e iniciar nuevas conversaciones de las que pudiera sacar más ventajas que con una reanudación de hostilidades con la intervención directa del Occidente. Pero esta interpretación parece olvidar que Molotov expresó su desecho, al tiempo de dar su aceptación, de que se precisase que tal acuerdo interesaba igualmente a Camboya y a Laos. En efecto, el día 8 de junio Molotov reiteró el punto de vista siempre mantenido por los comunistas y se negó a separar las cuestiones del Vietnam de las de Laos y Camboya. Y de este modo las conversaciones entre ambos bandos para llegar a concertar un alto el fuego en Indochina se prolongaron a lo largo del mes de junio, sin alterarse por ello las respectivas actitudes: del lado occidental se quiere forzar a los comunistas a ceder en algún punto que permita una solución viable, y en todo caso siempre se pueden interrumpir las negociaciones; del lado comunista se busca una prolongación indefinida de la Conferencia sin ofrecer una posibilidad de acuerdo, en espera o de hacer fracasar por completo las esperanzas contrarias o de forzar a una aceptación de los propios puntos de vista, aunque sólo sea por cansancio. El paralelismo con Panmunjom, como puede verse, es alarmante.

C. E. D. y N. A. T. O.

Nos hemos detenido especialmente en la consideración de la Conferencia de Ginebra porque éste ha sido, en verdad, el acontecimiento más señalado de la política internacional en el trimestre que comentamos, hasta el punto que la atención mundial ha estado concentrada en él con un carácter casi exclusivo. Pero esto no ha de hacer olvidar otros sectores de la misma actualidad.

En nuestra crónica anterior recogíamos algunos hechos expresivos de la actitud hostil a la C. E. D. que en Francia domina el ánimo de muy distintos sectores, desde el marxista hasta la extrema derecha. En los últimos días del mes de marzo se produjo el llamado «caso Juin», que vino a sobreexcitar a los franceses en torno a la polémica de la C. E. D., precisamente en un momento en que Francia tenía que enfrentarse con la grave situación militar de Indochina. El mariscal Juin, vicepresidente del Alto Consejo de Defensa Nacional, consejero permanente del Gobierno en asuntos militares, comandante en jefe del sector centro-europeo de la N. A. T. O. y, sobre todo, jefe moral del Ejército francés por su gran prestigio, hizo unas declaraciones sensacionales sobre la C. E. D. en un banquete celebrado en Auxerre el 28 de marzo. El mariscal no atacó a la proyectada Comunidad en sí misma, sino a la estructura actual del Tratado, que consideró impracticable en tanto no se introduzcan una serie de rectificaciones relativas a su aplicación, y propuso como fórmula de solución una coordinación de los diferentes Ejércitos nacionales de la Europa occidental, incluido el alemán. El presidente Laniel llamó al mariscal Juin a su despacho oficial, y el mariscal no sólo no compareció, sino que hizo nuevas declaraciones en los días inmediatos confirmando su posición, algunas de ellas de mayor gravedad aún por traducir su clara actitud antigubernamental: «Para tener un ejército fuerte sería necesario ante todo que existiese un Estado.» El Gobierno francés se consideró ofendido por las palabras del mariscal y le destituyó de sus cargos. La popularidad de Juin y el eco de sus palabras en una nación que ve con tan poca simpatía la creación de la C. E. D. provocaron en seguida reacciones contra el Gobierno, de las que la más grave fué la registrada en el Arco del Triunfo de París, con ocasión de celebrarse una ceremonia en honor del Cuerpo expedicionario en Indochina, y que la presencia del presidente del Consejo, Laniel, y del ministro de Defensa, Plevin, convirtió rápidamente en una manifestación contra el Gobierno y favorable al mariscal destituido. En un principio se creyó también que Juin iba a ser destituido de su alto mando en la S. H. A. P. E., pero no fué así. Fué recibido el 1 de abril por el general Gruenther, su superior jerárquico dentro del Alto Mando atlántico, quien le pidió que continuase en sus funciones. Días después se reunieron en París los representantes permanentes del Consejo Atlántico para examinar el caso y confirmaron al mariscal francés en el mando del sector de la Europa central. Por último,

el Consejo de la N. A. T. O., reunido en la capital francesa el 5 de mayo, consideró finalizado el «caso Juin» y el mariscal continuó en sus altas funciones militares dentro de la Organización. El interés de esta cuestión no es otro que el de poner de manifiesto la existencia de una actitud determinada frente a la C. E. D. en un amplio sector de la opinión francesa y en momentos en los que tanto se especula acerca de las repercusiones que en la política internacional puede tener la suerte que pueda correr el Tratado de París en el seno de la Asamblea Nacional. Ese sector de la opinión francesa, de elevado tono nacionalista, está formado por elementos heterogéneos de la extrema derecha, pero que por su actitud antigubernamental puede provocar en ocasiones la adhesión de elementos comunizantes.

El Tratado que instituye la C. E. D. ha sido objeto de examen a lo largo de este trimestre por parte de las Comisiones de Asuntos Exteriores y de Defensa Nacional de la Asamblea francesa. En el mes de junio fueron desfavorables a su ratificación dos votaciones registradas en ambas Comisiones, lo cual es un mal augurio respecto a la suerte que cabe alcanzar al Tratado cuando, meses más tarde, sea presentado ante la Asamblea. En cambio, mereció la aprobación de la Cámara de Luxemburgo, el 7 de abril, por 46 votos contra cuatro y dos abstenciones. En Italia, el Consejo de Ministros decidió el 2 de abril presentar al Parlamento el proyecto de ley sobre la ratificación de la C. E. D., y la presentación ante la Cámara fue hecha el día 6 del mismo mes por el presidente del Consejo y los ministros de Asuntos Exteriores y del Tesoro. Esto supone una novedad en la práctica parlamentaria italiana, ya que otros acuerdos internacionales eran presentados solamente por el ministro de Asuntos Exteriores, con lo que parece querer darse una importancia especial a la ratificación de los documentos de la C. E. D.

Pero sin duda los dos hechos más relevantes que hay que señalar en relación con el estado actual de la proyectada Comunidad Europea de Defensa son, de un lado, la firma en París el día 13 de abril de la Convención de cooperación entre la Gran Bretaña y la C. E. D., y, de otro, el mensaje del presidente Eisenhower a los jefes de los Gobiernos de las seis naciones integrantes de la Comunidad, enviado tres días después. La ceremonia del día 13 se llevó a cabo en el Palacio Chaillot e intervinieron en la firma de la Convención los delegados permanentes de la N. A. T. O., junto con los delegados de Gran Bretaña y de las seis naciones de la C. E. D. El día anterior el Consejo de Ministros francés procedió al estudio de dicho documento y de sus dos anexos, y el secretario del Foreign Office explicó ante la Cámara de los Comunes los términos en que la Gran Bretaña se adhiere a la C. E. D., y que venía a asegurar, dijo, la integración de las fuerzas británicas y de la C. E. D. dentro de la N. A. T. O. Al ser interpelado sobre las razones por las cuales la Gran Bretaña no se incorporaba completamente a la Comunidad, contestó: «El Gobierno de Su Majestad no cree que pueda aconsejar a la Cámara que dé el paso de unirse a la C. E. D.» Y agregó: «El país no desearía unirse a una federación de esta clase. El Gobierno ha hecho lo mejor al asociarse lo más estrechamente posible a la C. E. D.» Frase que resume perfectamente las razones del alejamiento de la Gran Bretaña: su repugnancia a toda incorporación a una estructura federada europea. En virtud de la Convención la Gran Bretaña estará representada en las reuniones del Consejo de Ministros de la Comunidad por un ministro y un representante británico permanente mantendrá las relaciones con la Junta de Comisarios de la C. E. D. Además, la Gran Bretaña se compromete a seguir manteniendo en el Continente europeo, incluida Alemania, las fuerzas armadas que exija una contribución adecuada a los cuadros de la N. A. T. O.

El mensaje del presidente Eisenhower fue dirigido desde Augusta (Georgia), y en él se contienen las garantías de los Estados Unidos a la C. E. D. en forma de seis compromisos, por los que se determinan las normas de conducta a que se ajustarán los Estados Unidos una vez que entre en vigor el Tratado de la C. E. D. y actuando de acuerdo con los derechos y obligaciones que se desprenden de su condición de miembro del Pacto del Atlántico.

El Consejo del Atlántico celebró en París, el 23 de abril, su XIII sesión, en vísperas de la apertura de los debates de Ginebra. Los ministros de Asuntos Exteriores de los catorce países integrantes de la Organización pasaron revista a los temas más importantes de la actualidad internacional, especialmente Indochina, la C. E. D. y la respuesta a la proposición soviética de incorporarse a la N. A. T. O. Respecto a la C. E. D., ha insistido una

vez más en el interés especial que la Organización tiene en ver concluso felizmente el período parlamentario que tan trabajosamente va venciendo la Comunidad, y ante el cual se levantan ahora los obstáculos para su ratificación por Italia y, sobre todo, por Francia. En relación con la respuesta a la Nota soviética, el comunicado se limita a precisar que no se ha apreciado ninguna alteración en los conocidos objetivos del bloque soviético, el cual ha continuado aumentando su potencial bélico, por lo que el resto del mundo debe mantenerse unido y vigilante. Sabido es cómo la proposición soviética pretendía ser una fórmula para hacer perder a la N. A. T. O. el carácter agresivo con que aparece ante la U. R. S. S. La oferta rusa de integrarse en la Organización atlántica a condición de que los occidentales renunciasen al Ejército europeo iba dirigida a la base misma del sistema defensivo a que la propia N. A. T. O. pertenece. El 7 de mayo las tres potencias occidentales contestaban a la Unión Soviética con tres idénticas Notas, rechazando las proposiciones soviéticas de seguridad europea.

LA ALIANZA BALSÁNICA

La política de integración balcánica que, desde hace tiempo, puede observarse a través de los repetidos contactos entre Yugoslavia, Turquía y Grecia, ha experimentado un avance considerable en este trimestre. Los viajes del mariscal Tito a Ankara, primero, los días 12 al 16 de abril y a Atenas, después, del 2 al 6 de junio, han tenido gran importancia. Consecuencia de estas visitas y de los sucesivos contactos mantenidos en conversaciones tripartitas de índole política y militar es la transformación del Pacto balcánico de febrero de 1953 en una alianza militar. La colaboración militar entre los tres países ha sido constante incluso antes de la firma del mencionado Pacto, pero se intensificó de manera notable posteriormente y sobre todo adquirió una mayor relevancia al ser planteada en el plano superior de consultas entre los tres Estados Mayores. Repetidamente hemos dejado constancia aquí de estas conversaciones militares que se han sucedido a lo largo de todo el año 1953. Incluso el viaje del mariscal yugoslavo a Ankara fué precedido por una reunión de delegados de los Estados Mayores de los tres países del Pacto, desde el 24 de marzo hasta el 1 de abril. El comunicado facilitado el 16 de abril al término de las conversaciones mantenidas entre los jefes de Estado de Yugoslavia y Turquía y sus ministros de Asuntos Exteriores no confirma la sospecha de una transformación del Pacto balcánico en una alianza militar, ya difundida por entonces, especialmente en la Prensa italiana. El comunicado se limita a afirmar que la situación del mundo sigue imponiendo a los tres países balcánicos la colaboración y cohesión más estrechas, y que ha llegado el momento de que el Pacto tripartito de Ankara, instrumento de esa colaboración, sea transformado en una alianza formal.

Pero el comunicado facilitado después de la visita de Tito a Atenas, el día 5 de junio, ha sido mucho más explícito a este respecto. He aquí el párrafo que nos interesa: «En la intención de los firmantes, el Tratado tripartito de Ankara era la primera etapa hacia una colaboración aún más sólida y eficaz. Y en este sentido los dos Gobiernos, de pleno acuerdo con el Gobierno turco, han querido completar el Pacto tripartito con la conclusión de una alianza formal, reforzando así la paz y la seguridad colectiva dentro del espíritu de la Carta de las Naciones Unidas. A este fin han decidido que la alianza se establezca en el Consejo de Ministros de Asuntos Exteriores en su próxima reunión anual en Belgrado.» Y el mismo día 5 el ministro yugoslavo de Asuntos Exteriores, Popovic, declaró en una conferencia de Prensa, al ser preguntado si el comunicado se refería a una alianza política o militar, que sobrentendía ambas cosas.

Aparte de lo que esto significa como una etapa más, y muy avanzada, en el desarrollo de la política balcánica seguida últimamente por los tres países firmantes del Pacto, su importancia es grande en relación con dos cuestiones de alcance internacional: las relaciones del Pacto balcánico con la N. A. T. O. y con la solución del problema de Trieste.

La primera cuestión viene determinada por ser Grecia y Turquía miembros de la Organización atlántica. Esto supone una serie de obligaciones por parte de ambos países respecto de la Organización, y cabe preguntarse en qué medida y manera pueden resultar afectadas por las nuevas obligaciones que el Pacto balcánico genera. Se trata de la pertenencia a dos sistemas defensivos que no se oponen teóricamente, pero sí son distintos, y al ponerse uno

de ellos en movimiento, el otro resulta alcanzado por el puente tendido por los miembros comunes. Cabe considerar además cuál será la actitud de Yugoslavia en caso de la agresión contra un miembro del Pacto del Atlántico que obligue a intervenir a Grecia y Turquía. Precisamente esta cuestión fué formulada al ministro yugoslavo de Asuntos Exteriores, Popovic, en el curso de la conferencia de prensa antes aludida, y el ministro de Tito contestó con la evasiva de no creer en una guerra que permanezca localizada en Europa. La tesis de la vecina Italia, miembro de la N. A. T. O., es que ella, en el seno de la Organización atlántica, tiene derecho a ser oída ante todo posible compromiso militar entre los tres países balcánicos. Pero Grecia, por boca de su mariscal Papagos, ha sostenido una tesis contraria, afirmando que la condición de miembros de la N. A. T. O. que ostentan Grecia y Turquía sólo impone dos limitaciones: de una parte, Grecia y Turquía deben solamente informar a la N. A. T. O. de la estipulación de todo protocolo militar adicional al Pacto balcánico, sin que esto implique que los miembros de la Organización atlántica puedan dar una opinión preventiva, lo cual argumenta con los ejemplos de los Pactos concluidos entre los Estados Unidos y España y entre Turquía y Pakistán; de otra parte, desde el momento en que el Pacto balcánico se intenta transformar en una alianza militar, debe especificarse en el protocolo adicional que el compromiso de mutua asistencia no entrará en funcionamiento en el caso de un conflicto entre Italia y Yugoslavia.

Respecto al problema de Trieste, el mismo mariscal Papagos dijo que la realización de una alianza militar tripartita no debe hacerse depender de la satisfacción de las reivindicaciones italianas sobre el T. L. T. Pero Italia es particularmente sensible en este punto y juzga necesario que toda transformación del Pacto de Ankara en una alianza militar sea precedida de la resolución de la cuestión triestina. Es indudable que Italia sabrá siempre oponerse en el seno de la N. A. T. O. a la alianza militar balcánica para buscar de este modo un apoyo de las otras potencias a su política de reivindicaciones frente a Yugoslavia.

H I S P A N O A M É R I C A

Durante este trimestre se han registrado algunos acontecimientos en varias Repúblicas hispanoamericanas que queremos dejar aquí consignados.

En primer lugar, el régimen del presidente Chaves, en el Paraguay, ha sido derrocado como consecuencia de una sublevación militar ocurrida el 5 de mayo. El presidente Federico Chaves venía ocupando la jefatura del Estado desde hacía varios años y había sido reelegido en febrero del presente año. Ello podía hacer pensar que con el transcurso del tiempo se había consolidado y había logrado dar al país una cierta estabilidad interna. El fracaso de su nuevo período presidencial ha sido provocado, sin embargo, no sólo por elementos militares, sino, sobre todo, por la acción del partido colorado, de gran dominio en el país. El pronunciamiento del día 5 dió lugar a su destitución inmediata, y el día 8 la Asamblea nacional eligió como presidente provisional de la República al jefe del partido colorado, Tomás Romero Pereira. El nuevo Gobierno se dispone a celebrar elecciones generales dentro de los dos próximos meses.

La mayor agitación ha estado precisada en Centroamérica en virtud del conflicto suscitado entre Costa Rica y Nicaragua y, principalmente, por la guerra civil de Guatemala.

La crisis entre Costa Rica y Nicaragua se inició con el cierre de frontera entre ambas Repúblicas ordenado por el Gobierno de la segunda el 6 de abril, medida tomada como consecuencia del descubrimiento de un complot contra la vida del presidente Anastasio Somoza. El Gobierno de Nicaragua ha acusado al de Costa Rica de complicidad en los preparativos del complot, lo cual ha sido desmentido oficialmente por el Gobierno de San José. Pero lo que en un principio no pasó de ser sino una disputa entre dos Gobiernos centroamericanos, tomó otro carácter cuando días después se conoció la iniciación de negociaciones entre Nicaragua y los Estados Unidos para la conclusión de un acuerdo de ayuda militar del tipo de los ya firmados por Washington con otros siete países de la América hispana. El 19 de abril hizo unas declaraciones el ministro de Asuntos Exteriores de Costa Rica afirmando que tal acuerdo no era necesario a Nicaragua y que, en cambio, venía a alarmar a la opinión de su país. Esto fué realmente una interpretación exagerada, producto de la agitación levantada

días antes en Costa Rica por causa de las acusaciones nicaragüenses y el subsiguiente cierre de frontera.

Más relevancia ha tenido lo sucedido en Guatemala. La atención internacional se encontró ya sobre esta República cuando el Departamento de Estado anunció el 17 de mayo haber sido informado de la llegada a Puerto Barrios del barco sueco *Alfhem*, procedente de Polonia, con cargamento de armas. El carácter filocomunista del Gobierno de Guatemala que Washington ha querido subrayar repetidas veces y la procedencia del cargamento, movieron al Departamento de Estado a calificar este hecho de «muy grave». Un mes después el Gobierno de Guatemala daba la noticia de que el país era invadido por elementos guatemaltecos exiliados procedentes de Honduras, y el Departamento de Estado señalaba varios levantamientos anticomunistas en las ciudades de Puerto Barrios, Quezaltenango y Zacapa. Las fuerzas antiguubernamentales estaban mandadas por el coronel Carlos Castillo Armas, jefe supremo del llamado «Movimiento de Liberación Nacional». La situación de los dos bandos guatemaltecos apareció confusa del 20 al 23 de junio. Se anunciaron avances hacia el interior del país y toma de ciudades por parte de las fuerzas del coronel Castillo. El Gobierno del presidente Jacobo Arbenz, al tiempo de acusar reducidos bombardeos de la capital y de otras ciudades, informaba de ciertas victorias sobre los invasores. Lo cierto es que no se dió ningún encuentro de importancia y que los movimientos de fuerzas por una y otra parte fueron reducidos. Lo más importante fué la repercusión internacional que la guerra civil llegó a alcanzar. El día 24, los embajadores de Honduras y Nicaragua en Washington desmintieron ante la Comisión Interamericana de Paz, reunida en sesión especial a petición de estos diplomáticos, que sus países hubieran intervenido en el conflicto. La Comisión aplazó su decisión final de nombrar una Comisión investigadora hasta tanto contestase Guatemala si estaba dispuesta a recibirla. Por otra parte, Guatemala requirió al Consejo de Seguridad para que entrase en el asunto. Con arreglo al Pacto de Petrópolis, un conflicto de esta naturaleza debe ser planteado ante la Organización de los Estados Americanos antes de serlo ante la O. N. U. Pero la Unión Soviética apoyó en las Naciones Unidas la pretensión guatemalteca, aunque infructuosamente, debido especialmente a la enérgica oposición del delegado norteamericano y presidente del Consejo, Cabot Lodge. Sin embargo, no hubo ni siquiera tiempo para que la O. E. A. interviniera, porque los acontecimientos se precipitaron. El día 26, el presidente Jacobo Arbenz dimitió su cargo y entregó el Gobierno al coronel Carlos Enrique Díaz, jefe del Estado Mayor de las fuerzas guatemaltecas. Antes de dimitir se dirigió por radio a la República, acusando a los Estados Unidos de haber fomentado el conflicto con el envío de armas y por haber querido utilizar la propaganda anticomunista. Al día siguiente, cuando estaba a punto de salir para Guatemala la Comisión de Paz Interamericana, se supo que la Junta Militar constituida por el coronel Enrique Díaz había dimitido también, formándose otra Junta Militar bajo la jefatura del coronel Elfege Monzón, ministro sin cartera en el Gobierno de Arbenz. Y la noche del 29 al 30 se anunció por la radio de Guatemala que se había llegado a un armisticio entre esta nueva Junta Militar y el jefe de los sublevados, coronel Carlos Castillo Armas, con lo que quedaba terminada la guerra civil.

FERNANDO MURILLO RUBIERA